

En las clases del profesor Don Ruperto Villaverde, maestro de escuela en un pueblo pobre, fue donde Mónico Sánchez (1880-1961) descubrió su inquietud por la electricidad, por estudiar y participar en la investigación de los fenómenos físicos relacionados con la modernidad. Nadie imaginó el futuro de aquel hijo con mente curiosa de padre tejero y madre lavandera, a la que ayudaba a cargar ropa hasta el río Bullaque.

Múltiples son las referencias que existen en la hemeroteca sobre la “voluntad inquebrantable” de aquel joven que partió a Fuente el Freno para ser “chico de los recados” y después saltó a San Clemente para trabajar de dependiente en una tienda de ultramarinos, antes de establecerse por su cuenta. Su siguiente proeza fue viajar en 1899 a Madrid para gastar sus ahorros en un curso por correspondencia de ingeniero eléctrico en inglés, pues a la escuela de ingenieros no pudo acceder porque carecía de estudios básicos.

El desconocimiento del idioma no le impidió profundizar en el conocimiento de la electricidad, ni cruzar el charco. Así, orientado por el profesor Joseph Wetzler y acompañado por un primo que durante años fue “su segundo de abordo”, Mónico Sánchez llegó a Nueva York en octubre de 1904 para continuar sus estudios en el Electrical Engineer Institute. Llevaba consigo solo 60 dólares, “el equivalente a unos 2.000 actuales”, que le daban para pasar un tiempo antes de empezar a trabajar.

En menos de cinco años, señala el profesor Juan Pablo Rozas, el joven Mónico Sánchez pasó “de ser un inmigrante más entre los miles que diariamente llegaban a Ellis Island, a ser un cotizado inventor e ingeniero”. El profesor británico Wetzler, que estaba muy bien relacionado, le consiguió su primer trabajo como delineante y posteriormente como oficial electricista, que lo compaginó con los estudios en la Universidad de Columbia, donde obtuvo “las más altas calificaciones” y logró el título de ingeniero en tan solo tres años. También se especializó en la investigación de condensadores y bobinas de inducción.

El siguiente paso fue trabajar para la compañía Foote Pierson como fabricante de equipos para el telégrafo, utilizado por las compañías ferroviarias. En esta época inscribió su primera patente, el Puesto de Wheatstone-Sánchez, un antecedente del polímetro para medir resistencias.

Todo no quedó ahí, pues poco después pasó a la compañía Van Houten & Ten Broeck como ingeniero jefe mediante concurso por sus conocimientos de devanados y aislamientos eléctricos, y ahí es donde sus trabajos empezaron a orientarse hacia la electromedicina, que marcaría su vida. Entonces fue cuando inventó el famoso aparato portátil de rayos X y corrientes de alta frecuencia.

La cosa siguió, pues da la impresión que las grandes empresas se rifaban a Mónico Sánchez. La siguiente compañía en ponerle el ojo fue la Collins Wireless Telephone, de Archie Frederick Collins, el inventor del primer teléfono inalámbrico –podía transmitir a 130 kilómetros de distancia, pero se incendiaba a los 15 minutos-. Lo contrató como ingeniero en la sede de Nueva Jersey y se comprometió a fabri-



Una vida de leyenda

